

Néstor Gustavo Díaz B. La última inocencia

Manizales, Biblioteca de
Escritores Caldenses,
Imprenta Departamental, 1989, 163 págs.

Roberto Vélez Correa
University of Colorado at Boulder

Néstor Gustavo Díaz B., escritor caldense, ha publicado, con la presente, cuatro novelas, un libro de cuentos, varios poemarios, además de ser autor y director teatral. Entre las novelas, *El valle sagrado de los hijos del sol* (1988) es la única que rompe con el estilo y la temática de *La loba maquillada* (1974), *A la hora del té aparecen los fantasmas* (Segundo puesto de novela Inscaldense de Cultura, 1987) y de *La última inocencia*. También sus cuentos en *Los ritos del minotauro* (1971) conservan, o mejor, preludian esa prosa agresiva, implacable, demoledora que aparecerá con idéntico tono desenfadado en los parlamentos de sus dramas. Queda pues la obra infantil citada como una ínsula extraña por la fantasía dosificada que adorna la leyenda indígena que fundamenta el relato.

En *La última inocencia* enfrentamos un texto, quizás más maduro, cuyas técnicas y discurso están más acomodados a la intención literaria, que al evidente afán exorcista de unos narradores abrumados por la doble moral de la sociedad pacata e inquisitorial de las anteriores novelas. No quiere decir esto que en la obra que nos ocupa abandone la perspectiva abiertamente mordaz y menos las circunstancias del referente social obsesivo de su trayectoria como escritor. En realidad, personajes y situaciones vuelven y juegan en el escenario hipócrita, empero ahora aparece el elemento metaficticio que busca prohijar los retazos de historias regadas y las distintas versiones sobre un de-

mente callejero, sin ninguna importancia colectiva, llamado Tinieblo Calandraco, bautizado así por la sabiduría popular y quien poseía un físico similar al de Nietzsche.

En efecto, la alusión no es ni mucho menos gratuita; obedece a una intención paródica del filósofo alemán en este personaje desechado por la Sociedad, con mayúscula para diferenciarla de la idea universal e indentificarla con la denominada clase social alta o de alcurnia argamasada con unos valores humanos bien distintos a los del autor implícito que, por eso, hiere a diestra y siniestra con su lenguaje cortopunzante el entorno socioeconómico que abomina ostensiblemente.

Aquiles Borbón Góngora degenera en un antihéroe que recorre las calles de Manizales y pernocta adherido a las paredes del Palacio Arzobispal. Su origen es bastardo como hijo de la menor de don Poncio, llamada Jazmín Sacramento, quien se suicida luego de soportar con estoicismo cristiano la furia de su padre y el rechazo previsible de sus amistades. Sin embargo la familia a la que pertenece es adinerada, pero disfraza sus bajos instintos con estudiados modales, una constante en esta clase de radiografías de troncos dinásticos donde nadie quiere que cualquier perro pase y les mee el árbol genealógico, parafraseando la única grosería que dijo en su vida Carmen Amalia Borbón, la tía del personaje.

El narrador empieza recogiendo datos sobre Calandraco y las circunstancias que lo rodearon, utilizando más la primera persona del plural: "para no saltarnos el rigor histórico", en vez de la primera del singular que prevalece en la segunda mitad del texto porque da la impresión de que la inseguridad inicial, el apoyo en el "qué dirán", es reemplazado por un dominio del material ficticio manipulado en fragmentos que se cuajan con los últimos dos capítulos bajo la responsabilidad o punto de vista narrativo de la antigua criada de la familia Borbón y de las confesiones grabadas en casetes que recuperan un valioso material autobiográfico, cedido por Tinieblo al autor en el manicomio de San Sebastián.

El narrador-personaje, que se identifica

como un cronista, además cuenta con un apoyo directo como son los manuscritos de su protagonista que aunque deshilvanados por una obvia y alucinada incoherencia, le permiten reconstruir una historia, cuya otra mitad, la referida por los testigos directos que conocieron a Tinieblo y por el rumor popular, no es desde luego más confiable. Pero la deficiencia queda soslayada por el autor en no pocas oportunidades cuando advierte que las fronteras entre la realidad y la leyenda cotidiana son aristas que no se respetan. De todas formas es una ficción.

Sin embargo, subsiste otra realidad, ésta sí real dentro de la ficción que es la obsesiva visión crítica de una sociedad apergaminada que descarta uno de sus miembros, Aquiles, por el pecado de haber resultado marica, rechazo que se da subsidiado por una superestructura religiosa de corte inquisitorial. El narrador jamás se cuida de conservar sus puntos de vista ideológicos; es más, su voz es enfática, reiterativa cuando juzga el comportamiento clasista de la iglesia que bajo el eslogan o la fachada farisaica de la caridad cristiana condena, señala, arrinconar a sus súbditos para permanecer siempre al lado de los poderosos.

Lo que podemos señalar como una deficiencia estética, o sea la abusiva intrusión del narrador en los discursos de sus personajes, sirve para acentuar la evidente actitud crítica del autor implícito que nos cede un alegato, casi un panfleto, donde la hagiografía cristiana termina tan enlodada como el mismo Tinieblo Calandraco.

Al notar la secuencia del incisivo y urticante lenguaje que viene de otras obras del mismo autor real, es bastante clara la intratextualidad de *La última inocencia*, o sea de los textos de obras de teatro como *El místico burdel*, *La estrella de la noche invertida* y de la novela *A la hora del té*. Así desfilan la monja plagiaria Anatolia, vecina de Calandraco, los maricas de andén que pululan en el barrio Arenales, las viejas matronas que inoficiosas tejen los destinos ajenos, las familias propietarias de diarios

importantes y la casi directa crítica a las estructuras de clase donde los pobres solamente son dueños de sus frustraciones, una de éstas la que le permite a Maguncia, la sirvienta de don Poncio, aportar una parte vital de la historia.

Además de los elementos literarios autoconscientes, de los distintos narradores, de la ambigüedad entre historia y realidad, *La última inocencia* está fragmentada en once capítulos que no obedecen un orden cronológico lineal. Tan pronto nos ubicamos con el Aquiles Borbón, miembro del partido comunista, escritor de diarios capitalinos, regresamos al turbado adolescente perseguido por el demonio de la carne que se vale de un espejo para proyectar su narcisismo hacia la sensualidad ajena, pero no precisamente la "normal" de la tradición judeocristiana, sino la homoerótica estigmatizada de siempre. El discurso narrativo de Maguncia es interesante por los diferentes juegos temporales y espaciales que crea su lengua acostumbrada al chismeo que crece estimulado por la marginalidad de su oficio. Luego viene el manejo implícito de un código lingüístico subversivo en Calandraco: "Estuve de fiebres en hospital por enamorado, ado en amor, mor ado ena" (155), o el explícito del mismo: "y nos ven como locos porque hablamos de una realidad aparte... y no aceptan que transformemos el idioma, y que levantemos esa esfinge de las letras para que emita nuevos sonidos, nuevas gramáticas" (159).

En síntesis, esta novela posee técnicas y estructura de avanzada. De pronto se podría alegar en su contra la intrascendencia temática, el manido tópico social y sus conflictos morales y religiosos, pero la ausencia de ribetes épicos y heroicos encuadra más con las tendencias de una ficción que se fermenta en una contemporaneidad vacía de valores. Es otra realidad, por tanto la advertencia que empieza el texto: "Anotaciones sobre un loco callejero 'sin ninguna importancia colectiva'..." (7) es consecuente al desarrollo posterior de la obra.